

# **PRESENCIA DE LA AUSENCIA**





**Textos:**

Anjel Lertxundi

*Ausencia:* Lope de Vega

*Palabra a palabra:* Xabier Lete

*Ese primer dedo:* Popular

*Presencia:* Harkaitz Cano

**Traducciones:**

De los textos, Jorge Giménez Bech

*Ausencia:* Mario Esnal

*Palabra a palabra:* Xabier Lete

*Ese primer dedo:* Mario Esnal

*Presentzia:* Jorge Giménez Bech.

**Músicos:**

Solista: Elixabete Herrero

Violín: Francisco Herrero

Piano: Antton Valverde

Edición de Fundación Aubixa





# AUSENCIA

LOPE DE VEGA  
IMANOL

Ir y quedarse, y con quedar partirse,  
partir sin alma, e ir con alma ajena,  
oír la dulce voz de una sirena  
y no poder del árbol desasirse;

arder como la vela y consumirse  
haciendo torres sobre tierna arena;  
caer de un cielo y ser demonio en pena,  
y de serlo jamás arrepentirse;

hablar entre las mudas soledades,  
pedir prestada, sobre fe, paciencia,  
y lo que es temporal llamar eterno;

creer sospechas y negar verdades,  
es lo que llaman en el mundo ausencia,  
fuego en el alma y en la vida infierno.



## LA VISITA AL NEURÓLOGO

LAS PALABRAS DEL NEURÓLOGO, pronunciadas con cierto tono profesoral, me rescatan de mi ensimismamiento:

Las grietas que se están abriendo en la mente de su madre son semejantes a las de una computadora a la que se le ha estropeado la memoria. O al menos creemos que lo que sucede es algo parecido a eso. Necesitamos establecer alguna comparación, y recurrimos a ese ejemplo: ambos tienen que ver con la memoria. Pero quizá también esa imagen sea errónea...

El neurólogo me habla con llaneza. De manera muy afable. Como si se apiadara de mí:

¡Pobre de ti, no sabes lo que se os viene encima!

Paciencia, mucha paciencia...

Tranquilizantes, mucho hierro, fósforo... Nada de eso le vendrá mal... A partir de ahí...

Hay muy buenas residencias de ancianos... con buenos profesionales... bien equipadas...

Cuando mamá vuelve a la consulta, acompañada por la enfermera, el neurólogo se calla. Ambos nos ponemos en pie. La sesión ha terminado, nos estrechamos la mano. Mamá también se acerca y le da la mano.

Muchas gracias, don Andrés.

Miro al neurólogo. Mantiene tu mano en la de ella, y le sonríe con afecto. El médico no le corrige la confusión, no le dice que no se llama Andrés.

De regreso a casa, mamá viaja en el asiento contiguo al mío, mirando la carretera. Está feliz, tranquila. Al rato se jira y ha empezado a



hablarme del médico. Es agradable, un buen hombre. Y tiene muy buena planta, me dice con coquetería. Sigue hablando de la visita al médico. Con gran coherencia. Pero, súbitamente, dice algo que nada tiene que ver con lo que estaba diciendo:

Oveja que bala, bocado que pierde.

Me giro y la miro. Su aspecto es del todo normal, como si lo que me acaba de decir fuera lo más pertinente. Nada en la carretera parece justificar lo que acaba de decir. Le paso un caramelo. Ella se lo mete en la boca y comienza a darle vueltas y más vueltas. Yo a lo que doy vueltas y vueltas es a las palabras del médico:

¡Pobre de ti, no sabes lo que se os viene encima!

## **REGRESO AL PASADO**

**VOY TARDE**, mamá estará nerviosa. Entro en la cafetería. No está en su mesa de costumbre, ni en ninguna otra. Miro hacia los servicios, mientras pregunto por ella al camarero.

Frunce los labios y se encoge de hombros.

Hoy no ha aparecido.

Salgo precipitadamente de la cafetería, subo a casa de mi madre con el corazón en un puño. Miro en todas las habitaciones. No está. Pregunto en un par de tiendas cercanas. Nadie la ha visto. Voy de un sitio a otro, miro en los lugares habituales, ni rastro.

Vuelvo a la cafetería, quizá se haya retrasado. Apenas pongo un pie en la cafetería, el camarero me hace un gesto de negativa con la cabeza.



En estas, un amigo me dice que cree haberla visto en dirección al río. El corazón me da un vuelco, echo a correr, miro en las inmediaciones de los puentes, ni rastro de mi madre. Cuando me dispongo a telefonar a emergencias, me vienen a la memoria las palabras del neurólogo: “tienden a regresar a los escenarios de la infancia”. Me dirijo corriendo al caserío natal de mamá, hace mucho que está abandonado, pero he depositado todas mis esperanzas en las palabras del neurólogo.

Allí la encuentro subida al pretil que bordea el río, mirando al agua, inmóvil en el más plácido sosiego. Se me ocurre que quizá esté tratando de percibir la invisible solución de continuidad entre río y ría de la que le hablaba una maestra de la infancia. Por las dificultades del terreno no puedo hacer otra cosa que acercarme por detrás. ¡Mamá!, la llamo con la mayor suavidad, para que no se asuste. Gira la cabeza y me dedica una sonrisa. Cogidos del brazo, regresamos a casa con paso indeciso.

## **PASEO POR EL BARRIO**

LA SACO a dar un paseo, cogida del brazo. En el otro lleva su bolso de siempre, no lo suelta para nada.

Mueve las piernas pesadamente, como si temiera separarlas del suelo.

Pasamos por el parque camino de la plaza. La saluda una conocida. “Estás muy guapa”. Mamá la mira fijamente. Seguimos nuestro camino. Pasamos por delante de la que durante cincuenta años ha sido su casa. Es la primera vez desde que está en la residencia de ancianos. Vigilo todos y cada uno de los gestos de mamá, si gira la cabeza, si le tiemblan los labios. Nada.

Damos una vuelta por el barrio.



La saluda mucha gente.

—¿Quieres un café con leche?

—Sí, hijo.

Entramos en la cafetería que solía frecuentar con sus amigas. Es también la primera vez que la llevo allí desde que está en la residencia. No parece identificar el lugar, no responde al afable saludo del camarero, toma el café que le han servido sin manifestar ninguna emoción.

Nos miramos unos instantes.

Coge una servilleta de papel del servilletero metálico que hay sobre la mesa. Se la pasa por los labios. Hace una bola con la servilleta, y, cuando se disponía a tirarla al suelo, se la recojo de la mano. No le ha gustado mi gesto. Saca un puñado de servilletas del servilletero metálico y se limpia de nuevo los labios.

Se las quito de la mano antes de que las arroje al suelo, y la acompaño al servicio. Le bajo las bragas.

—¡Frío! —dice cuando la siento en la taza.

Está incómoda, tal vez por el frío, tal vez por mi presencia.

Cuando por fin orina, le subo las bragas.

Saludo al camarero, salimos de la cafetería.

De regreso a la residencia, le doy un beso.

—Adiós, mamá.

—¡Adiós, Moxo! ¡Cuidate! —me responde.

Una sonrisa asoma a sus labios.



Se me estremecen las entrañas.

Papá me llamaba Moxo de pequeño, cuando quería mostrarse cariñoso conmigo. Que yo recuerde, mi madre nunca me había llamado así. Si la memoria no me falla, es la primera vez.

—Hasta la semana que viene, mamá. Cuidate también tú.

## TODOS LOS DÍAS, SAN IGNACIO

COMO CASI TODOS LOS DÍAS, también ayer fui a visitarla. Su mirada era luminosa, como si el espléndido cielo de aquel día hubiera llegado hasta el último rincón de su alma. La cogí del brazo. Ven. Comenzó a andar de mi brazo como un dócil terrier de la correa de su amo, con paso inseguro pero sereno, y la llevé a pasear al jardín de la residencia, arrastrando los pies por el sendero de gravilla. Tienes el pelo muy bien, estás muy guapa. Levantó la mano para pasársela por la cabeza, pero sin tocarse los cabellos, quién sabe si temerosa de desbaratarse el peinado. Estoy guapa, refrendó ella como si estuviera ante el espejo, y posó su mano sobre la mía. Cuando llegamos hasta un banco, dije “apatxo”<sup>1</sup>, ella lo prolongó en “aaapatxo”, se sentó con parsimonia y, aunque llevaba pantalones, tiró de una hipotética falda por debajo de la rodilla.

Como de costumbre, me puse a contarle cuanto me venía a la cabeza, verdadero o inventado, siempre acerca de las cosas que a ella le agradaba escuchar. Le señalé una pareja de pájaros que picoteaban en la hierba, al tiempo que le ofrecía una galleta. Comenzó a desmenuzarla, pero los pájaros pronto huyeron a saltos y breves revoloteos, asustados por un perro que se aproximaba. ¡Fuera, chato!, nada de mear

---

1. “Apatxo”, en lenguaje infantil, indica el hecho de sentarse.



aquí, conminé al perro, y ella lo ahuyentó a su vez, ¡fuera, chato!, y en vista de su buen talante, le dije ¡hoy es San Ignacio!, y, a pesar de que estábamos en mayo, comencé a cantar el himno de San Ignacio en voz baja, tratando que no me oyera la gente de alrededor, pero ella se arrancó a plena voz “fundatu eta dezu armatu”<sup>2</sup>, sin el menor reparo de que la oyera la gente que paseaba por el jardín, y cuando acabamos de cantar “gu guztiok bakea dezagun, beti gau eta egun”<sup>3</sup> con el punto de orgullo propio de un miembro de la Compañía, me observaba de hito en hito a la espera de que empezara otra canción...

## LA NARRACIÓN DEL SILENCIO

¿CÓMO SE CUENTA el silencio, como puedo expresar la situación de mi madre, si no sé qué se oculta tras el blanco frontón de su mirada?

El silencio es un espacio, vacío, pero espacio. Podemos llenarlo, como la abuela llenaba la casa y como la fuiste llenando también tú. Basta un grito, el llanto de alguien, una blasfemia para llenar el espacio. El silencio de mamá es también un espacio, pero ninguna blasfemia lo alcanza, allí no hay llanto, ni ruido de lluvia. El silencio se acaba cuando un sonido lo rompe. El silencio de mamá no acabará, no se romperá, porque ningún sonido lo alcanza. El silencio es frágil, pero el de mi madre no lo es, carece de paredes, el espacio de su silencio es el de su interior, pero el espacio de su interior es un vacío absoluto.

Fuera, en alguna otra cocina, alguien bate huevos, y de ello puedo deducir muchas cosas, vicisitudes susceptibles de ser narradas por un escritor. El día comienza, alguien prepara una tortilla antes de ir a trabajar, una radio emite música, el chirrido de las cuerdas de tender

---

2. Fragmento del himno de San Ignacio de Loiola: “has fundado y armado” [la Compañía de Jesús].

3. Verso final del himno: “tengamos todos nosotros paz por siempre, día y noche”.

ropa por encima del monótono rumor del tráfico. La vida. Mamá mira fijamente su taza. Si no le doy de comer, así seguirá, con la mirada en la taza, sin autonomía ni tan siquiera para expresar si tiene ganas de comer.

Abre la boca, le susurro, pero no la abre hasta que la cuchara le roza los labios. Entonces tomo conciencia de que hace tiempo que le hablo en susurros, como si temiera violentar su silencio.

Calla la música de la radio vecina y, tras una sintonía, comienza el noticiario. La voz del locutor se oye muy velada, apenas llega un monótono ronroneo.

## LOS DEDOS JUEGAN

FRUNCE LOS PÁRPADOS para proteger sus ojos del sol. El sosiego intemporal de ese breve acto contiene todos los rayos de sol de la vida entera. Se acerca una mano a los ojos y la mira igual que una niña pequeña, como si no fuera suya, cercana sí, pero no parte de su cuerpo. La mano le es próxima, pero ajena al mismo tiempo. La está examinando, descubriéndola, haciéndola suya. Mueve los dedos, acatando una orden proveniente de quién sabe dónde. La prolongación de su cuerpo se comporta de manera juguetona. Toda su atención se concentra en el movimiento de los dedos. Mueve uno, encoge otro, hace danzar a un tercero... Los cinco dedos cobran vida, al igual que su mirada. Abre la boca para susurrar desde un lugar al que no tienen acceso ni la vergüenza ni la percepción del tiempo ni las reconvenciones morales:

Mueve los dedos con arreglo a la canción, no le quito ojo. Pronuncia trabajosamente las palabras de la canción, no porque las haya olvidado, sino porque la articulación gutural no le responde como es debido. Yo la ayudo:



Este, este y este  
tuvieron ayer una boda.  
¿Qué dijo este a este?  
Que invitara a este y a este.  
Con este y este invitados  
Ya somos veinticuatro.

Dedos, palabras. El uno lleva a la otra.

El sol se esconde en la caverna de un nubarrón. El exceso deja de herir los ojos de mi madre, se le relajan los ojos, no frunce ya los párpados.

Junta los dedos y retira la mano de su vista.

## ESE DEDITO

ESE PRIMER DEDITO, ese diminuto dedo,  
es muy pequeño entre el resto de dedos.  
Lala lalala, lala...

Ese segundo dedo, ese diminuto dedo,  
es perezoso entre el resto de dedos.  
Pepe pepepe pepepe...

Ese tercer dedo, ese diminuto dedo,  
es larguirucho entre el resto de dedos.  
Tiri ririri, tiririri...

Ese cuarto dedo, ese diminuto dedo,  
es robusto entre el resto de dedos.  
Momo momomo momomo....

Ese quinto dedo, ese diminuto dedo,  
es gordito entre el resto de dedos.  
Kuru kuruku kuruku...

## PALABRA A PALABRA

### PALABRA A PALABRA

el tormento gota a gota,  
como el vaho en los cristales,  
palabra a palabra, gota a gota,  
dejaré que se condense  
palabra a palabra, gota a gota, palabra a palabra.

Y la palabra será tormento,  
el tormento curará nuestras heridas,  
sacará el pus,  
gota a gota, palabra a palabra, gota a gota.

Y los días seguirán curando, suavemente,  
uno sobre otro,  
vertiéndose gota a gota.

Pero no hay cura, sin embargo.

El tormento continuará, en la sonrisa  
de unos labios de rosa y menta,  
en una mirada triste  
o en la trémula carne insatisfecha,  
gota a gota, palabra a palabra, gota a gota.

Pero no hay curación, sin embargo.

La impotencia aflorará  
en la banalidad  
de los grandes anhelos,  
en la frialdad de unas manos que se juntan  
o bien  
abrasado por la tranquilidad sin límite,  
gota a gota, palabra a palabra, gota a gota.



Pero no hay cura, sin embargo.

Palabra a palabra  
el tormento gota a gota,  
como el vaho en los cristales,  
palabra a palabra, gota a gota,  
dejaré que se condense  
palabra a palabra, gota a gota, palabra a palabra.

## RECOLECTOR DE SOMBRAS

TU ALEJAMIENTO no me provoca enojo, sino ternura. Una ternura de día en día más triste, afligida, pero que me hace sentirme más próximo a ti a medida que te vas alejando. Te alejas, pero quiero estar muy cerca de ti, ser tu sombra. Decimos que su sombra perdura cuando nos referimos a alguien que ha dejado huella en nuestra memoria. Trato de recoger aquí y allá esas huellas, en los cajones de casa, hablando con tus amigas, poniéndolas blanco sobre negro en las páginas del cuaderno que compré cuando te diagnosticaron la enfermedad.

En eso me estoy convirtiendo para ti, en el recolector de las sombras de tu existencia y en tu sombra. Eres ya un cuerpo muy alejado de mí, pero tu sombra permanece aquí, entre las paredes de esta casa y en mi memoria.

Seguir tu sombra me colma, como hace mucho no me ha colmado nada. Nadie me quitará ese gozo.

## QUE TE VAYA BIEN, MAMÁ

¡QUÉ LUGAR OCUPA MI MUNDO en el tuyo? ¿Cómo se ve mi mundo desde ese tu inefable espacio blanco en el que habitas? Tengo la impresión de que nuestro mundo no te interesa ya lo más mínimo. ¿Para qué? No hay motivo alguno. Te alejas más y más, como un globo que se le ha escapado a un niño de la mano. El niño, lloroso, pierde de vista el globo. No sabe a dónde va. Y no volverá. Jamás. Explotará quién sabe dónde, quién sabe cuándo. Pero, entretanto, el globo no deja de alejarse. Apenas es ya un insignificante punto en el cielo. Pronto, ni eso.

No, no volverás, ni siquiera para decirme, con una sonrisa:

Adiós, hijo.

A medida que te alejas, construyes un mundo exclusivamente tuyo en algún rincón de tu reino. Un rincón, no sé si luminoso u oscuro, en lo más hondo de tu alma. Allí habitas. Si estás despierta, con los ojos abiertos de par en par, pero sin fijarte en nada. Si duermes, con una respiración inaudible, como si estuvieras muerta. Pero estás viva, todos tus órganos vitales funcionan como los míos, o mejor, porque hay que ver cómo comes, cómo duermes...

Sé que tu estado no tiene vuelta atrás, pero daría todo lo que tengo por abrir el telón de tu territorio, como si de un teatro se tratara, para, acto seguido, mirar al patio de butacas y saludar al único espectador desde mi escenario:

Que te vaya bien, mama.

# PRESENCIA

HARKAITZ CANO  
ANTTON VALVERDE

En tu palabra debería yacer confiado:  
mas no comprendo ese lenguaje.  
Si viniera la cosecha, o una brizna, solitaria,  
aunque mi viejo arado es ahora pura herrumbre.

Presencia es, cruel anhelo de la carne.  
Presencia es, muela que mi lengua tantea.  
Presencia es, si yo o si nosotros.  
Presencia es, por más que distinta.

En remolinos, así me recuerdas:  
los ya vividos, algunos memorables.  
Difuminarse es, a cambio de la vida:  
mil fuegos han abrasado este blanco lienzo,  
un lienzo negro, cubierto por mil manos.

Presencia es, impotencia quizá dulce.  
Presencia es, los dos mirando al vacío.  
Presencia es, prodigio de esta presencia.  
Presencia es, los dos a la luz de la ventana.

“¿Qué pueblo es este, dónde está mi calcetín?”  
Puedo tocar, siempre hay algo nuevo.  
Puedo oler, ¿qué es el sudor?  
La indiferencia, el menos mal de este mal...

Presencia es, angustia de una mano.  
Presencia es, dolor de la mirada.  
Presencia es, ansia de un minúsculo latido.  
Presencia es, fina piel del tiempo.

Muy débil, pero aún te oigo:  
muchas preguntas, las lanzaré al aire.  
No te enojés, si te coso a preguntas,  
pues aquello que sabía, lo olvidaré de nuevo.

Presencia es, un ojo y dos ojos.  
Presencia es... poco; a veces, demasiado.  
Presencia es, que no sabemos nadar.  
Presencia es, apenas puedo adivinarlo:  
soy presencia, que de la presencia huye.